

margen N° 80 – abril 2016

Posibles debates sobre el Estado, Pueblo y Cuestión Social en América Latina

Por José Luis Scelsio

José Luis Scelsio. Trabajador Social. Facultad de Trabajo Social, U.N.L.P. (Universidad Nacional de La Plata, Argentina)

Las diferentes visiones sobre el Estado por parte de los profesionales del Trabajo Social e integrantes de otras disciplinas han formado parte de una larga historia de debates que se reedita con el tiempo y llevan a su revisión, reflexionando a través de diversos aportes teóricos que acompañan la lectura de los procesos ocurridos en América Latina.

Es así que buena parte de las producciones teóricas inscriptas en las corrientes de pensamiento crítico complejizaron y profundizaron las lecturas vinculadas a la tradición marxista relacionadas a caracterizar al Estado y las intervenciones que se generan desde este espacio político “únicamente” como manifestaciones del aparato represivo, que permite a las clases dominantes asegurar su dominación sobre la clase obrera para someterla al proceso de extorsión de la plusvalía.

José M. Arico (2005) refiriéndose a los debates de los años 50 y 60 en la Argentina expresa que las desventuras de la izquierda latinoamericana derivaron del hecho de que sus estrechos paradigmas ideológicos le impidieron comprender la singularidad de un continente habitado por profundas y violentas luchas de clases, pero donde estas no han sido los actores principales de su historia.

Para explicar esto, Arico toma expresiones de Touraine, cuando se refiere a que: *“la nitidez de las situaciones de clase no acarrea prácticas de clase aislables. Más profundamente, el análisis de las relaciones de clases está limitado por el de dependencia”*. Vinculado a estas cuestiones los personajes principales de la historia latinoamericana reciente no parecen ser la burguesía ni el proletariado, ni tampoco los terratenientes y los campesinos dependientes. Son, más bien el capital extranjero y el Estado. (Touraine, 1978 citado por Arico, 2005 pp. 118).

El pensamiento de Althusser vino a cubrir en un momento histórico que podríamos situar entre los años sesenta y setenta el distanciamiento que se había producido entre política y cultura. Según Arico (2005, pp 131) es curioso observar el fenómeno solo en apariencia contradictorio de la fascinación ejercida por lo que pretendiendo ser toda una “revolución teórica” no era, en realidad, sino una reformulación mediante nuevos conceptos de las tesis fundamentales del marxismo – leninismo.

El vanguardismo típico del discurso de izquierda encontraba en la aparente rigurosidad conceptual de Althusser una posibilidad de refundar su condición de portador de una verdad científica, y por lo tanto histórico – política, erosionada por la crisis del estalinismo y la emergencia de fenómenos revolucionarios fuera de la tradición comunista, como fueron muchos de los

movimientos de liberación en los países del llamado Tercer Mundo.

Posteriormente a Althusser, complejizando y ampliando las posturas expresadas por este autor, será Antonio Gramsci quien abrirá paso a la capacidad de traducción y apropiación de las ideas marxistas en relación a las realidades latinoamericanas, siendo el primero que desde el interior del marxismo trata de poner las bases teóricas de la primacía de la política en la estructuración y desestructuración de las sociedades y para ello según Portantiero (1977) *“debe romper con los restos de la teoría liberal clásica que sobrevive en los análisis del marxismo vulgar sobre las relaciones entre economía y política, entre sociedad y política, entre sociedad y Estado”*.

En este sentido, Gramsci (1986. pp. 232- 233) es uno de los autores con el cual podemos hacer dialogar lo ocurrido en América Latina respecto a fuerte centralidad que ocupó el Estado en la direccionalidad de los procesos políticos a favor de las mayorías populares en determinados momentos históricos, cuando realiza los siguientes aportes:

“Aunque sea cierto que para las clases productivas fundamentales (burguesía capitalista y proletariado moderno) el Estado no es concebible más que como forma concreta de un determinado mundo económico, de un sistema de producción, ‘no se ha establecido que la relación de medio a fin sea determinable y adopte el aspecto de un esquema simple y obvio a primera vista’ [...]. En realidad, el impulso para la renovación puede ser dado por la combinación de fuerzas progresistas escasas e insuficientes de por sí (sin embargo de elevadísimo potencial porque representan el futuro de su país) con una situación internacional favorable a su expansión y victoria.[...]”

En vinculación con estas posturas, podemos decir que la forma de Estado da cuenta de la particular articulación de actores políticos, económicos y sociales que confluyen en la realidad nacional en torno a un proyecto político que los identifica y aglutina en un momento histórico dado con el objetivo de alcanzar el poder estatal. La forma que adquiere esta organización está orientada en torno a un proyecto estratégico, las condiciones coyunturales que tiene que enfrentar y el establecimiento de la correlación de fuerzas con otros sectores antagónicos en que también se hacen presentes los intereses de potencias internacionales.

De esta manera podemos explicar las diferentes características que adquiere el Estado según la composición de los actores que constituyen sus bases de sustentación política, pudiendo ejecutar las más crudas medidas liberales que afectan a los trabajadores y sectores populares, favoreciendo a sectores concentrados de la sociedad o erigiéndose en el principal artífice para llevar a cabo la ejecución de políticas reivindicatorias y sanción de derechos para las mayorías sociales logrando una amplia base de consenso social que legitiman estos procesos.

Estado, transformaciones sociales y conflicto

Sin dudas los significativos avances y transformaciones ocurridos en los últimos años en diferentes países latinoamericanos tuvieron su anclaje principalmente en el plano político a través del lugar asumido por el Estado en las decisiones relacionadas con el mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores populares apelando a la redistribución económica del ingreso sobre el cual se erigieron un conjunto de políticas sociales, junto a la recuperación del trabajo a través del fortalecimiento de la industria, generación de consumo entre la población como factor que reactivó y dinamizó la economía interna, el usufructo de los recursos naturales en beneficio de las mayorías sociales, etc.

No obstante el reconocimiento de estos logros políticos y sociales, siguiendo el pensamiento de Dussel (2012.pp108): *“Si todos los sectores de la comunidad política hubieran cumplido sus demandas, no habría protesta social ni formación de movimientos populares que luchen por el incumplimiento insatisfecho de sus reivindicaciones. Es a partir de la negatividad de las necesidades – de alguna dimensión de la vida o de la participación democrática – que la lucha por el reconocimiento se transforma frecuentemente en movilizaciones reivindicativas (que no esperan la justicia como don de los poderosos sino como logros de los mismos movimientos)”*.

Respecto a este tema, se constituye en un problema político cuando se descubre que hay tantas reivindicaciones como necesidades en torno a los cuales nacen los movimientos, en la que cada uno tiene reivindicaciones diferenciales (Laclau, 2005), que en principio se oponen, surge la pregunta sobre ¿Cómo puede pasarse de una reivindicación particular a una reivindicación hegemónica que pueda unificar todos los movimientos sociales de un país en un momento dado?

Ante esta cuestión de pensar el pasaje de particularidades diferenciales a una universalidad que las englobe se conforma por parte de diferentes autores una preocupación teórica e ideológica. Para Ernesto Laclau, la solución sería el pasaje a la reivindicación hegemónica universal, Boaventura de Sousa Santos (2005), en cambio, piensa que cada reivindicación debe entrar en un proceso de diálogo y de traducción, a fin de lograr un entendimiento entre los movimientos que sin embargo nunca es el de una universalidad englobante, al respecto, según Dussel, de esta manera, el posmodernismo crítico deja lugar a una hermenéutica dialógica abierta.

Dussel (2012.pp 110), teniendo en cuenta estos aportes, piensa la posibilidad de que las reivindicaciones de los movimientos vayan incorporando las demandas de los otros movimientos en la propia, a través de la mutua información, dialogo, traducción de sus propuestas, praxis militante compartida, a través de las cuales se vaya constituyendo un hegemon analógico, en el que guardando la distinción propia de cada movimiento se incluyan de alguna manera todas las reivindicaciones, aunque pueda, como opina Laclau, haber algunas que guardan prioridad.

El mismo autor expresa la necesidad de tener una categoría que pueda englobar la unidad de todos esos movimientos, clases sectores, etc, en la lucha política. Y es así que “pueblo” es la categoría estrictamente política (ya que no es propiamente sociológica ni económica) que aparece como imprescindible, pese a su ambigüedad - aunque resulta necesario aclarar que esta ambigüedad no es fruto de un equívoco sino de una inevitable complejidad.

Fidel Castro (1979.pp39) desarrolla en un famoso discurso el concepto de pueblo en su vinculación a la lucha revolucionaria – es decir en su uso dentro del horizonte político, estratégico, táctico:

“Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta [...], la que ansia grandes y sabias transformaciones de todos los órdenes y está dispuesta a lograrlo, cuando crea en algo y en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en si misma [...] Nosotros llamamos pueblo, si de luchas se trata, a los 600 mil cubanos que están sin trabajo [...]; a los 500 mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables [...]; a los 400 mil obreros industriales y braceros [...] cuyos salarios pasan de manos del patrón a las del garrotero [...]; a los 100 mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moises a la tierra prometida [...]; a los 30 mil maestros y profesores [...]; a los 20 mil pequeños comerciantes abrumados por las deudas [...]; a los 10 mil profesionales jóvenes [...] deseosos de lucha y llenos de esperanza [...] ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje!”

Tomando estos aportes, podríamos decir que en América Latina el “pueblo” establece una frontera o fractura interna en la comunidad política. Puede haber ciudadanos miembros de un Estado, pero el bloque en el poder que se distingue de “pueblo”, como los insatisfechos en sus necesidades por opresión o exclusión.

Gramsci, usa el concepto de bloque, en el que el “pueblo” se transforma en actor colectivo, no en un “sujeto histórico” substancial fetichizado (de la clase obrera del marxismo standard). Un “bloque” no es una piedra, en cuanto su consistencia, solo es un conjunto integrable y desintegrable; puede tener “contradicciones” en sus seno (como lo proponía Mao Tse – tung); aparece con fuerza en un momento y desaparece cuando haya cumplido su tarea (si es que la logra, y los pueblos también fracasan, y es frecuente).

Dussel (2012, pp140) manifiesta que hay diversos niveles a tenerse en cuenta en la praxis crítica antihegemonica (que enfrenta entonces al “bloque histórico de poder”), entre los mismos, voy a mencionar aquel que se refiere a que “En la práctica política o en la teoría se va bosquejando un paradigma o modelo de transformación posible, lo cual no es simple y frecuentemente lleva tiempo, por lo que no se puede delinear siempre detalladamente. Ante la democracia liberal, el Estado benefactor o el keynesianismo económico (estructuras situadas en diversos campos), y ante las democracias de transición en América Latina que generaron una “clase política” que frecuentemente se corrompe, hay que ir formando un “paradigma” o un “modelo” nuevo de amplia participación, de hegemonía popular, de identidad nacional (en especial los países post – coloniales o periféricos), de defensa de los intereses económicos de los más débiles (reivindicaciones que son imposibles de ser cumplidas por un capitalismo neoliberal de estrategia globalizadora como dominación y explotación de las naciones subalternas).

Propuesta para pensar la Cuestión Social en relación a las víctimas de América Latina

Un conjunto de autores han planteado la posibilidad de recuperar y generar un pensamiento propio que rescate la voz de los “vencidos”, junto a las formas de resistencia y lucha que se llevaron a cabo en estos territorios, recuperando manifestaciones que den cuenta de la profunda conmoción que provoco la violencia ejercida sobre América Latina, basada en el poder de fuerzas armadas para desarrollar la política colonialista y que también se valiera para su imposición con el apoyo de minorías privilegiadas locales, contribuyendo al despliegue de ideas y acciones vinculadas a las políticas de sometimiento con las que se pretendieron hacer claudicar a los pueblos americanos asimilándolos a la órbita de las naciones denominadas centrales.

Según Dussel (2001, pp. 298) desde las hipótesis iniciales del programa de Marx, respecto a que cuando aflora en el capitalismo su imposibilidad o no es empíricamente factible (por la producción de pobreza estructural, por la tendencial disminución de la tasa de ganancia, etc.) aparece la crisis (esencial pero ahora fenoménica). El capital más fuerte (individual, rama del capital o naciones “centrales”) implementara medidas compensatorias contra el trabajo (sobre – explotándolo) en la competencia contra otros capitales más débiles; expulsando así a su periferia sus mayores contradicciones.

Al pensarnos desde la periferia del mundo y para el caso del trabajo social trabajar en muchas situaciones en “la periferia de la periferia”, considero que continúan estando presentes profundas señales de la violencia original con que se impusieron las ideas modernas en América Latina acompañadas por procesos vinculados a formas de colonización que perduran en el tiempo a través de la presencia de todo un conjunto de instituciones, formas de gobierno y actores políticos

creadas para tal fin. Lo que me anima a esbozar una idea referida a la Cuestión Social desde la propia América que sería la siguiente:

La cuestión social en América Latina remite a la persistencia de las condiciones de colonización cultural, política y económica generadas por el sistema capitalista transnacional en su alianza con sectores concentrados de la economía local en una confrontación histórica con los pueblos oprimidos que expresan a través de la organización de los trabajadores y movimientos sociales, permanentes manifestaciones de resistencia y búsqueda de liberación para un desarrollo integral en el que se respeten la vida en su más amplio sentido, las diversas culturas y las diferentes formas de entender al mundo.

Y dentro de este marco comprensivo: se considera que el vínculo y pertenencia de los sectores concentrados de la economía con lo territorial - nacional, se sostiene principalmente sobre la base de lograr la explotación de su población y el control económico de los recursos naturales, utilizando esta posesión, como poder con el que se intenta a través de diferentes medios y estrategias condicionar las decisiones que se toman en la órbita gubernamental de los estados para continuar favoreciendo la acumulación del capital y la dominación política.

Respecto a las cuestiones precedentes, para el Trabajo Social propongo un interrogante que sirva de punto de partida, para desandar y comprender el proceso de institucionalización de la profesión y así poder desarrollar el ejercicio de la crítica respecto a este acontecimiento para poder repensarlo.

En este sentido pregunto: ¿El Trabajo Social como profesión desde el comienzo de su historia no ha tenido como misión fundamental, encargarse de aquellos “otros” que son considerados por parte de los sectores hegemónicos y dominantes, como “escollos” o “residuos” de la historia que obstaculizan las iniciativas relacionadas con alcanzar el progreso y desarrollo económico propuestos por el liberalismo?

Desde los sectores hegemónicos, como artífices del proyecto moderno, se podrían ubicar a lo largo de la historia dentro de las categorías que impiden el progreso a: integrantes de pueblos originarios, trabajadores desplazados, población afectada por enfermedades asociadas a la pobreza y malas condiciones de vida, migrantes sin tierra, habitantes de villas y asentamientos, etc. Que sin dudas, van renovando sus caracterizaciones, bajo diferentes conceptualizaciones, por parte del poder político y los saberes desarrollados.

Pero que en suma, constituyen todos aquellos con los cuales el filósofo Horkheimer postulaba: pensar la historia como “la historia de las víctimas” y que desde otras posturas teóricas, políticas e ideológicas podríamos identificar con todo aquello que permanentemente ha intentado ser “negado” y “silenciado” en las sociedades modernas.

Considero que para el Trabajo Social los aportes teóricos de aquellas corrientes de pensamiento, cuya principal preocupación histórica se centra en la vida de las “víctimas”, constituyen una referencia fundamental, desde donde poder establecer basamentos teóricos, éticos e ideológicos que incluyan a sectores mayoritarios de la profesión, con la idea de lograr condiciones de articulación con otros profesionales y actores sociales con los que se pretenda participar de la construcción de proyectos de sociedad amplios, inclusivos y contrahegemónicos.

En el sentido fuerte muy preciso, de ocupar social, histórica, prácticamente el mismo lugar de las víctimas en la estructura social que los oprime, Dussel (2001, pp287, 288) refiere que el científico social, queda atrapado como “rehén”, (tomando la categoría central utilizada por el filósofo Emmanuel Levinas), diferenciándose del sistema dominante, que es estudiado “funcionalmente”

por las ciencias sociales estándar. Ya que el que “se pone de parte” de la víctima sufre persecución; es hecho objeto de represión. Solo el que se “compromete” de esta manera libera su razón para poder innovar la “explicación” científico social de las “causas” del dominado como alienado. Solo el que “sufre – con” (com - pasión) la víctima, tiene la perspectiva adecuada, es lo suficientemente “inteligente” como para conceptualizar “la contradicción ya teóricamente puesta en claro por ellos” (los científicos sociales funcionales), considerados por Marx, de la “expresión implacable” – cínica - expresada “sin conciencia”.

Los planteos precedentes ponen en juego contradicciones que cuestionan los valores optimistas asumidos por la ciencia, desde su conformación histórica como grandes corrientes políticas-ideológicas de carácter universal, en donde la presencia de la vertiente iluminista en las diferentes propuestas teóricas adquiere mayor visibilidad al momento de establecer la relación entre los sujetos y objetos de conocimiento que se manifiesta en el establecimiento de tutelajes, recomendaciones, dominio y control social, etc. Siempre vinculados con un horizonte predeterminado en donde se alcanzaría por parte de los sujetos en la sociedad: mayor integración social, desarrollo humano, progreso indefinido, emancipación humana, etc.

El tema de las categorizaciones emitidas por parte del Trabajo Social y otras disciplinas sociales me parece una cuestión importante para desarrollar al vincular su análisis con quienes pretenden asumir capacidades de juzgamiento sobre las acciones y elecciones políticas que sostienen otras personas y organizaciones con las que nos relacionamos mediante la intervención profesional o la militancia política que a veces aparecen indiferenciadas o superpuestas.

En este sentido, me parecen importantes los aportes de Emmanuel Levinas (2006, pp 67), quien sostiene: “La filosofía occidental ha sido muy a menudo una ontología: la reducción de lo Otro a lo Mismo”. Se ha caracterizado porque ajusta la realidad a la razón teórica. Esta razón teórica posibilita la adquisición de un conocimiento seguro y definitivo del Otro, al que ajustamos a la idea que tenemos de él, tendiendo así a categorizarlo definitivamente, tratándolo de modo indiferente e incluso intolerante. Para este autor, la ontología consiste en aquel “fijo estado de cosas”, en la aproximación del sujeto a la realidad por la razón teórica exclusivamente. De este modo, su ejercicio se caracteriza por la totalización que ejerce de la realidad. Esta totalización consiste en la petrificación o solidificación de la realidad, dando lugar a una explicitación última y definitiva de la realidad.

A través de estas lecturas considero que se hace necesaria realizar la propia vigilancia epistemológica, cuando ejercemos la profesión y reflexionar sobre que parámetros teóricos, éticos e ideológicos nos basamos en la relación que establecemos con “otros” actores sociales, para no llegar a convertirnos también en nuevos colonizadores. Ya que la presencia de tutelajes en el Trabajo Social está presente desde diferentes posturas ideológicas, generándose muchas formas de violencia, basadas principalmente en la falta de reconocimiento hacia otros actores que piensan, reflexionan y tienen sus propios proyectos de sociedad.

En relación a esto para finalizar, Levinas citado por Goldarecena (2013, pp20) expresa las siguientes expresiones que me parecen importantes para pensar el Trabajo Social en su relación con la dimensión política:

“Totalizar la realidad lleva al sujeto a ejercer su dominio apropiativo sobre la misma: ajustar al Otro a su idea, el sujeto no se relaciona con el Otro absolutamente Otro sino con aquella idea que tiene de él. Dado que el Otro pasa a ser una idea del sujeto que lo recibe, este se cree investido con la autoridad suficiente como para velar por el bien del Otro sin contar con su opinión. Este paternalismo acaba derivando en violencia cuando el

sujeto totalizador que aborda la realidad por la razón teórica exclusivamente llega a creerse que la realidad intelectualizada es de su propiedad y, por ello, de su dominio apropiativo”.

Bibliografía

Aricó José M., La cola del Diablo: itinerario de Gramsci en América Latina, Siglo XXI Editores Argentina S.A, 2005.

Aricó José, “Prologo” en VV.AA., Hegemonía y alternativas políticas en América Latina, coordinado por Julio Labastida Martín del Campo, México, Siglo XXI, 1985.

Touraine Alain, Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina, México, Edit. Siglo XXI, 1978.

Portantiero Juan Carlos. Los usos de Gramsci: escritos políticos 1917 -1933, México DF, Cuadernos de Pasado y Presente, 1977.

Althusser, Louis, Ideología y Aparatos del Estado. Freud y Lacan. Ediciones Nueva Visión. Bs As. 1974.

Gramsci, Antonio: Cuadernos de la cárcel, T4.Mexico.Editorial Era. 1986.

Gramsci Antonio, Cuadernos de la Cárcel, México, Editorial Era, 1987, CC, 11 (12).

Argumedo, Alcira, Los silencios y las voces de América Latina. Notas sobre el pensamiento Nacional y Popular, Ediciones Colihue S.R.L- Bs As. 1996.

Dussel Enrique, Para una política de la liberación. Editorial Las Cuarenta/Gorla. Bs As. 2012.

Laclau Ernesto, La razón populista. 2005.

Sousa Santos Boventura, El milenio huérfano, 2005

Castro Fidel, La historia me absolverá, 1975.

Dussel Enrique, “El programa científico de investigación de Carlos Marx: ciencia social funcional y crítica”, en su libro Hacia una filosofía política crítica, Bilbao (Esp.) edit. Desclée de Brouwer, 2001; pp. 279 -319.Punto 6.

Lévinas Emmanuel. Totalidad e Infinito: ensayo sobre la exterioridad, Salamanca. Editorial, Sígueme, 2006

Goldaracena Francisco Idareta, “E. Levinas y el Trabajo Social: mas allá de Jonia a Jena”. Revista Internacional de Filosofía, N° 58, 2013. ISSN: 1130 – 0507.